

HOMILÍA PASCUA DE 2024

Muy queridas hermanas, muy queridos hermanos: tengo el honor de dirigirme a Ustedes como su párroco. Con gozo y alegría vivimos esta gran solemnidad de La Pascua, después de que a principios del año, como parroquia vivimos, acontecimientos difíciles: me refiero sobre todo a la muerte del P. Juan Jaime, tan querido por todos nosotros. Pero, sabemos que está en la presencia de Dios, porque fue una gran persona y un sacerdote ejemplar.

En el inicio de la celebración que en estos momentos estamos viviendo, hemos experimentado el fuerte simbolismo del Fuego Nuevo en el que encendimos el Cirio Pascual y nuestros cirios y velas, fuego que representa la victoria de Dios que vence a las tinieblas: las tinieblas que son desobediencia y rebeldía contra Dios, egoísmo y soberbia, desprecio no solo por lo divino sino también por lo verdaderamente humano.

Hemos hecho también un recorrido simbólico a través de la Historia de La Salvación, por medio de las lecturas del Antiguo Testamento, que nos presenta la Liturgia de La Palabra de hoy. El relato de La Creación nos da cuenta del gran poder de Dios, quien con su palabra hace todas las cosas, en especial al Hombre; escuchamos también que Dios escogió al Pueblo de Israel, un pueblo débil e insignificante comparado con Egipto, Babilonia, Persia, Grecia o Roma.

Escuchamos como Dios se mantiene en contacto con su Pueblo y la Humanidad a través de sus profetas. Esos profetas que no son supermanes sino hombres ordinarios a los que cuesta trabajo —cada día— responder. Porque responder a Dios siempre implica esfuerzo e ir cuesta arriba. Escuchamos también que Dios una y otra vez renovó su promesa de dar a su pueblo un salvador. Ese Salvador es Jesús.

A lo largo de la Liturgia de La Palabra (las lecturas y salmos) nos hemos encontrado con elementos que ya también para nosotros son importantes, porque tenemos una cierta cultura cristiana: el cirio encendido, el agua, las flores, el incienso, el toque de campanas, la música, la respuesta comunitaria. Todo esto le da solemnidad a nuestra celebración.

Y, en el Evangelio de esta noche (tomado de San Marcos) se nos narra como las santas mujeres son las primeras testigos de la Resurrección Del Señor, al encontrarse con un sepulcro abierto y vacío: Jesús no estaba ahí, porque había resucitado. Se encuentran con un ángel que les dice: **ha resucitado**. Y les pide que vayan a comunicarlo a los discípulos y a Pedro. Ellas serán las primeras evangelizadoras.

El testimonio de estas santas mujeres es recibido con escepticismo por los discípulos pero después Jesús se les presentará y lo verán: sí, es Él mismo, pero es diferente: **GLORIFICADO**. Algo ha sucedido. Está vivo pero no como antes, solamente humano sino GLORIFICADO: a subido a su Padre y nuestro Padre, a su Dios y nuestro Dios.

Y desde aquel acontecimiento único han pasado casi dos mil años. Muchos, si cientos de millones —mil trescientos trece millones somos católicos— y creemos en Él. Pero —también— cientos de millones no creen en Él. Tenemos fe, por eso estamos aquí. Tenemos fe, por ello tenemos esperanza. Unos más que otros, creemos y confiamos en Él. Hemos de pasar del creer al confiar plenamente en Él. ¿Yo como he de confiar en Él? ¿Qué significa para mí creer que está vivo y que por ello he de confiar en Él?

Si soy una persona mayor he de creer que Él tomará en cuenta todos mis trabajos y esfuerzos, mis desvelos, todos mis sacrificios aunque a veces tenga la sensación de que no cuentan. Creeré en serio que Él me entiende y me conoce y que ha perdonado todos mis pecados a través de la Reconciliación.

Si soy un adulto que está aún criando hijos o nietos me seguiré esforzando y confiaré en que Él completará aquello que no he podido hacer con mis hijos ó nietos y que ya no puedo hacer. Confiaré en que con su Divina Providencia enfrenaré con confianza la vejez cuando ésta llegue.

Si soy un adulto joven, confiaré en que bendecirá mis esfuerzos en busca de un porvenir que a veces luce incierto y problemático. Entenderé que Él me tomará en cuenta todo el amor y caridad que tenga para con mis padres y semejantes.

Si soy un joven confiaré en que con mi esfuerzo y su ayuda lograré aquellas de mis metas que contribuyen a ser una persona plena y positiva. Confiaré en que perdona mis faltas y me ayudará a madurar para —si es mi vocación— pueda yo después formar una familia en la que Él sea el centro. Si no me llama a formar una familia, confiaré me ayudará a lograr ser su discípulo fiel y a ser una persona feliz y plena.

Si soy un adolescente, confiaré en que me ayudará a madurar y a superar las dificultades de mi etapa en la que corro el peligro de ser una persona centrada en sí misma, exigente con los demás y demasiado indulgente conmigo mismo, amargada a pesar de mi juventud y a perderme en las adicciones y el egoísmo.

Si soy un niño, confiaré en Él sabiendo que me dará todo lo que necesito para ser feliz en compañía de mi familia y seres queridos, quienes —en nombre de Él— me protegerán y guiarán.

Como mexicanos confiaremos en que Él nos guiará para tomar decisiones sabias y buenas para nuestro país en la siguiente contienda electoral.

Como creyentes, confiaremos en que él sigue guiando a su iglesia, a pesar de las turbulencias de esta época en la que estamos inmersos. Confiaremos en que Él inspirará a nuestros pastores para tomar a la luz del espíritu Santo, las mejores decisiones en lo doctrinal y en lo moral.

Todos confiamos y confiaremos en Él, en que por su Pasión Dolorosa, su Sangre derramada en la Cruz y su Resurrección Gloriosa nos ha dado la Salvación y nos llevará a vivir para siempre con Él en la Gloria Del Padre. Amén.

FELICES PASCUAS DE RESURRECCIÓN ÉL HA RESUCITADO Y ESTÁ VIVO ii-